

por su acción llevada hasta el fin, ante un muchacho como Marcelo, cuya percepción del mundo se adivina no viciada por las trampas de la mente o del interés, también es posible experimentar rendimientos. Pero Sábato va hasta el final y lo sacrifica. Lo quiere tanto que elige trascenderlo en un acto definitivo. Hace también de Marcelo una totalidad. Los esbirros de la muerte se arrojan sobre el cuerpo de un inocente y lo sacrifican en las cruces modernas de la tortura. El inocente muere destrozado y sangrante haciéndose cargo de las acciones de otros e ingresando al reino de los hombres que defienden con su vida la dignidad humana. De esta manera, el balbuciente muchachito que escribía poemas a escondidas, y cuya presencia intimidaba a Sábato, entra de lleno, con su sacrificio inmenso, en la Historia, vale decir, conforma otro Absoluto.

Nadie es inocente, ni la inocencia misma. Mi abstención, mis cobardías o mis reticencias, son fuerzas que se alinean automáticamente en las filas de los asesinos del hombre. Un finquero salvadoreño, según me cuenta una amiga, se hacía servir los tragos por indios de rodillas. Dejando a un lado los serios complejos de este señor y sus tareas hereditarias, con cada esfuerzo que sostengo para acrecentar bienes materiales que exceden mis necesidades, obligo a un indio a humillarse.

Marcelo carece de bienes; nada tiene que «defender», salvo un honor reducido a una fidelidad. Muero por eso, y su muerte huele a santidad. Mientras el que sigue viviendo para mantener esa «exclusividad» a la que se siente predestinado, apesta hasta los cielos: el único fundamento de su traición al hombre es la defensa de su espacio de rata, con toda la mierda acumulada durante los siglos que finalmente lo parieron haciéndole creer que, por su nacimiento, venía aquí a disfrutar de un privilegio conquistado al cual, naturalmente, no todos tienen derecho. Un personaje de Sábato, una señora, define esta postura de candorosa irracionalidad, expresando: «Si viene el comunismo, me voy a la estancia y se acabó.»

*Hay que dar el testimonio para salvar el alma.*

Pero para enjuiciarse como escritor, Sábato debe enjuiciar la literatura y encontrar respuestas para su justificación en este mundo. La desarma al tiempo que la defiende, como esos amantes desengañados una y otra vez, incapaces de sacudirse la pasión. Por momentos la literatura se le antoja el recurso de los impotentes; en otros la considera un elemento de salvación. Sábato continúa debatiéndose entre dos fuegos y no puede salir de allí. No *debe*. La condena de estos

escritores malditos consiste en que los sostiene, como en el extremo de una lanza, una ética de la desesperación. Necesitan afilar la punta que los traspasa.

«El asco y la tristeza del éxito» pareciera ser la recompensa al esfuerzo sobrehumano que el escritor realiza para que el martirio de algunos, la dolorosa pasión de otros, los secretos sufrimientos del ser humano, universales pero únicos al momento de padecerlos, no se pierdan en el tumulto o en el caos, «sino que puedan alcanzar el corazón de otros hombres, para removerlos y salvarlos». El miedo a publicar, las presiones, las excusas, su conciencia autodestructiva respecto a páginas «imperfectas y torpes», el sentido de culpa al entregar los manuscritos, la mezcla de vergüenza, curiosidad y temor ante un desconocido que ha leído su obra, el manoseo del éxito, el constante acoso de las obsesiones al momento de volcarlas una y otra vez utilizando distintos recursos «con mayor experiencia y desesperación»; todo el parto, en fin, del creador, no le impide a Sábato defender lo que él cree que debe ser la novela y el oficio del escritor. Si para lo primero expone una serie de cuadros desoladores, para lo segundo saca a relucir una moral y un estilete. La moral, que es una especie de consuelo donde sólo es «útil (¡qué espanto!) el padecimiento de los grandes seres» que han precedido al escritor en su calvario, propone constantemente una defensa y conservación de la grandeza creadora, elevando a la obra por encima del Tiempo y de los cerdos que gruñeron a su hora. Aquella pasión casi paranoica del escritor, no desdeña entonces el orgullo de estar predestinado.

El estilete penetra en las zonas de la estética y Sábato defiende con otras armas su concepción de la ficción y del creador. Aquí es donde su dialéctica recurre, ya no a un sentido del deber y la justicia, sino a estrictos análisis que lo abarcan todo.

La carta al *Querido y remoto muchacho* es algo más que una serie de consejos emitidos por un sabio señor. Constituye la confesión de quien ha pasado por el delito, el juicio y la condena. Si me estremece no es sólo por lo que le ha pasado al reo, sino por la luz que deja en su itinerario y que, al menos, permite hacer el mismo camino con mejor iluminación y cierto calorcito. La carta «redime», porque demuestra que todo dolor, que pudiera parecer inútil, y hasta pernicioso, posee un hondo sentido, justificando el acto de escribir a quienes en la soledad, a menudo, caemos en los pozos del descreimiento.

Si a Brahms le arrojaron basura, ¿qué podemos esperar? Todo; porque la basura fue el recurso de los pequeños y, con ellos, ha desaparecido. Pero las melancólicas trompas de su primera sinfonía atra-

vesaron los tiempos, porque Brahms era uno de los grandes, y los grandes pueden ser incomprendidos, pero nunca arrastrados a la pequeñez.

Nuevamente la autodegradación se ve compensada por una soberbia reivindicativa que actúa como el sol y el aire sobre las heridas. Estas se abren desafiantes mostrando que, mientras más profundo es el tajo, más crece el hombre.

Es lo que logran los místicos. El éxtasis. Ves cómo el lenguaje no engaña nada más que a los idiotas. Ex-tasis. Ponerse fuera de sí, salirse de su propio cuerpo, colocarse en la pura eternidad. Los yoguís, por ejemplo. En esa muerte de sí mismos para renacer a otra región, liberándose de la cárcel temporal. Y los artistas.

¿Quién es el arrogante que puede poner en duda el testimonio de mártires como Milton, Blake, Dalton, Rimbaud, Lautréamont, Sade, Strindberg, Dostoievski, Hölderlin, Kafka?

Son los que sueñan por los demás. Están condenados, entendé bien, CONDENADOS, casi gritó, a revelar los infiernos.

Y no puede ser de otra manera. Un escritor está vinculado directamente con el mundo en la medida que comprende el Error de ese mundo (que es apabullante), rescatando a un tiempo las tiernas y frágiles autenticidades que aún anidan en los corazones humanos. El pecado del escritor puede resumirse así: siendo como los demás, puede ver y, a diferencia de los demás, *no lo soporta*.

La «estética» es demoledora en Sábato. Está impregnada de una ironía que a veces raya con el atropello. Ya conocemos su crítica al objetivismo. Ahora Quique se encarga de enumerar 17 recetas para novelas, donde se burla de los inventos formales y, en definitiva, de todas las vanguardias creadas por escritores que escriben para «su tiempito»; los advenedizos del arte, con sus truquitos y esas cosas. Incluso señala la postura cómoda de los intelectuales de izquierda que abandonan el país y se enrolan a las nuevas izquierdas europeas. El odio violento por los literatos y «esos cocktails de artistas que hablan de la muerte mientras se disputan un premio municipal». Pero, en suma, lo que Sábato expone sobre la novela, las vanguardias, las modas, el lenguaje, etc., ya lo habíamos leído en sus ensayos. El sarcasmo disimula el dolor:

Aquí, sin ir más lejos, en Buenos Aires, jóvenes que se pretenden revolucionarios (que al menos se pretendían en ese momento: es probable que ya tengan buenos empleos y se hayan

casado honorablemente) recibieron con alborozo el proyecto de una novela que podía leerse de adelante para atrás o de atrás para adelante. Hablan de las masas y de las villas miseria, pero como aquellos marqueses, son podridos y decadentes exquisitos. En la última bienal de Venecia alguien expuso un mongoloide en una silla sobre una tarima. Cuando se llega a estos extremos se comprende que nuestra entera civilización se derrumba.

Era necesario incluir todo en *Abaddón* porque en esta novela debía estar *todo* Sábato. Las teorías, las ideas, aparecen aquí en movimiento y en estrecho contacto con sus personajes de ficción, incluyendo al autor, complementándose, e incluso cuestionándose. Las ideas son casi personajes; es imposible separarlas en un hombre como Sábato. Y es inútil llamar racional o científico a un bagaje intelectual que lo ha acompañado toda la vida. ¿Cómo separar en este caso la idea de la sangre? Si el corazón deja de funcionar, la mente se detiene.

Pese al reencuentro con Borges después de tantos años (lo que de ningún modo significa que la posición política de Sábato pueda equipararse a la de Borges, por todos conocida) (5), el francotirador ha permanecido sordo a las tentaciones. Incluso a las de la Academia.

Semejante al universo del Exterminador, Sábato es una herida abierta en todas direcciones. Sale luz de allí. Teñida de sangre. Un faro rojo.

CARLOS CATANIA

Apartado 361  
Moravia  
SAN JOSE (COSTA RICA)

---

(5) *Diálogos, Borges-Sábato* (Emecé, Buenos Aires, 1976). Antes de salir a la luz este libro, Sábato me decía: «Temo que sea un diálogo de sordos.»